

«CONSEJOS SOBRE LA EDUCACION»
dados por la Madre María Eugenia de Jesús, en 1842,
a las primeras Religiosas de la Asunción.
Nº 1511

• **Situación histórica**

En octubre de 1841, en la calle de Vaugirard, las primeras religiosas son ocho (de las cuales cinco o seis podían impartir lecciones y dos podían encargarse de la misión de la vigilancia y de la presencia maternal). En esta fecha, se inscribió la primera interna: Emma Ryan, 12 años, irlandesa, de una familia amiga de la Madre Thérèse Emmanuel. Una segunda, francesa, de 10 años, se unió en diciembre, después una tercera de 12 años, en enero de 1842.

En abril se suman dos nuevas alumnas de 8 años y una de 5 años.

En la primavera de este año de 1842, la comunidad se muda desde la calle de Vaugirard a l'Impasse des Vignes (1).

El 23 de junio, la Madre María Eugenia escribe al Padre d'Alzon (2):

«... Ahora que estamos del todo instaladas, podría dedicar varias horas al estudio, no me encuentro con ánimo... ¿Tengo que estudiar, o debo acabar el cuaderno sobre la educación y sobre las meditaciones (3) que había empezado a escribir para las hermanas?».

La respuesta del Padre por desgracia no existe. Se puede, sin embargo, suponer que esta respuesta la orientó hacia la continuación de ese

(1) Cfr. Orígenes II, capítulo 1.

(2) Vol. VII, nº 1553.

(3) Vol. VI, nº 1526-1527.

trabajo, puesto que lo llevó a término con un texto titulado: «Consejos sobre la educación», presentado en los Orígenes II, edición de 1898, páginas 26-36, como fechado en este primer año del internado.

* * *

Los Archivos conservan el manuscrito (4) en largas páginas con la fina escritura juvenil: la mitad vertical está formada por un margen donde se inscriben correcciones e ideas complementarias. Se puede, pues, seguir el desarrollo de su primera idea o de las transformaciones sucesivas.

Es un texto base emprendido y seguido con seriedad, en los primeros meses del internado, para la obra que nacía.

El texto primitivo copiado en un fascículo, que contiene también los Capítulos de 1878 sobre el «espíritu de la Asunción», ofrece algunos cortes. La redacción íntegra es la que se transcribe aquí.

• **Sumario**

- La Madre María Eugenia escribe para las hermanas, y en un principio para ellas solas, «con la misma confianza que en una instrucción de noviciado», con la fe en su misión de fundadora.
- Un tema difícil: la educación, para la cual es preciso examinar los tratados contemporáneos, confrontar sus principios y sus medios, con la orientación vislumbrada, tener en cuenta experiencias anteriores o actuales, positivas.
- Los temas que conviene tratar: el fin de la educación, sus medios, sus dificultades, los estudios y la manera de hacerlos útiles para la educación.

(4) Cfr. Vol. VI, nº 1511.

- El método: ya sea en sus detalles, ya en su conjunto «mantenerse lo más cerca posible de Jesucristo a fin de juzgarlo todo bajo su luz».
- El objetivo de la educación: según la expresión de san Agustín, hacer salir de la ciudad del egoísmo para ayudar a entrar en la ciudad de la entrega, y esto a través de las repeticiones, como algo que se considera de suma importancia.
- Consideraciones sobre la familia, apoyadas en la experiencia personal.
- Una ambición: «educar, al menos, a algunas de nuestras alumnas, haciéndolas que se superen para conseguir que accedan a los designios de Jesucristo».
- Una perspectiva: el porvenir de la niña.
- Y por encima de todo, en medio de las dificultades, el espíritu de fe, el celo que no menos que el amor divino del que procede, no dice jamás: «basta» (5).

* * *

Escribiré, ante todo, para vosotras, queridas Hijas, y sólo para vosotras; dispuesta a entresacar a continuación, lo que creamos conveniente dar a conocer. Necesito sentirme a gusto para comenzar, y para hacer lo que me pedís sobre la educación, con tanta confianza como si estuviera en un Noviciado. De todos los asuntos, éste es el más difícil de explicar. Ignoro, como sabéis, lo que escribieron las

(5) Antes de ser renovado, abreviándolo, en el nº 82 de la Regla de Vida de 1970 y en el nº 90 de la Regla de Vida de 1982, este último párrafo estuvo incluido en las Constituciones de 1959, en el capítulo XXXI: «De la obra de la educación y de la enseñanza» - nº 164. Otros pasajes o expresiones de los «Consejos sobre la Educación» se encuentran también en este mismo capítulo - nº 165-168.

señoras de Lambert, de Necker, de Rémusat, Aimé Martin (6), y otros más, cuyas obras deberán ser un día, por nuestra parte, objeto de seria atención. Tendremos que examinarlas juntas para ver qué provecho podemos sacar de ellas, para juzgar sus principios y sus medios según la regla infalible de la moral católica, y en fin, para comparar sus ideas con las nuestras; pues la experiencia les ha facilitado verdades observadas a las que, sin duda, no hay que creer a ciegas, teniendo en cuenta que, en el mundo, cada uno observa según sus métodos, pero que, sin embargo, hay que tenerlas en cuenta. Así pues sobre este asunto no tengo ni la instrucción ni la experiencia necesarias para explicarlo bien: pero, queridas Hijas, lo que allana toda dificultad, es que sólo lo hago para cumplir un deber. Conocéis con qué firmeza creo que Dios da a todos los seres lo que necesitan para cumplir con su deber. No hay madre tan inexperta que no pueda, si tiene un corazón recto, dar a su hija lo que Dios quiere que su hija reciba. Y si alguna de vosotras está, como me figuro, tentada a negarme esta proposición, le diría que valore, incluso sin tener en cuenta la gracia de la fe, la claridad que una voluntad recta puede proporcionar a la mente. Además, espero probaros que la rectitud de uno y de otro, son la finalidad, la base de la educación: espero que Dios os demostrará también el poder de la buena voluntad, proporcionando alguna utilidad a lo que Él quiere que os diga. Puesto que soy vuestra madre, queridas Hijas, nadie me puede suplir ante vosotras: y si yo quisiera encargar a otros el participar con vosotras en los detalles de los deberes que nos impone la finalidad de nuestra obra, en principio no encuentro a nadie que lo pudiese hacer, pero incluso aunque lo encontrase, la ventaja que tendría en el terreno natural, no le aseguraría la gracia que Dios, al haceros hijas mías, se ha obligado, en cierto modo, a concederme. No me siento capaz ahora de seguir un orden fijo, os hablaré según vayan viniendo las ideas a mi mente, sobre la finalidad de la educación, sobre sus medios, sobre sus dificultades en cada edad de la niña, sobre los estudios y sobre el modo de hacerlos útiles para la educación que, respecto a una mujer al menos, es ciertamente importante. Os hablaré, en fin, ya en los detalles, ya en el conjunto. Mi método será el de mantenerme lo más

(6) Cfr. Nota al final del texto, págs. 505-506.

cerca posible de Jesucristo, con el fin de juzgarlo todo bajo su luz, ya que incluso en los asuntos puramente naturales, debemos buscar sin cesar, los designios del Creador, designios que únicamente el Salvador puede revelarnos. Seguid el mismo método, queridas Hijas, y creed que él suplirá la sabiduría que nos falta a todas. La fe da aún más inteligencia que la experiencia de los años. «Super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi».

En principio ¿cuál es el objetivo de la educación? Evidentemente, queridas hijas, es el de preparar a una niña para todos los deberes de la vida. San Agustín, a quien debemos llamar Bienaventurado Padre, puesto que seguimos su Regla, ha dicho que en este mundo no hay más que dos ciudades: la del amor a sí mismo llevado hasta el desprecio a Dios, y la del amor a Dios llevado hasta el desprecio a sí mismo; es decir, queridas hijas, egoísmo y entrega: he aquí todo el misterio, todo el principio del bien y del mal, en las cosas de aquí abajo. ¿Qué es, en efecto, lo que Nuestro Señor vino a hacer en este mundo, sino cumplir, respecto a su Padre y respecto a nosotros, la obra de una entrega tal que ningún interés propio puede explicar? Y de esta Cruz que soportó y que es la máxima expresión del amor a Dios y a los hombres, llevado hasta el desprecio más absoluto de sí mismo, ha hecho la base de nuestra fe, el sello que convierte nuestras obras en dignas para la vida eterna, la única señal de nuestra salvación. Vino para enseñarnos el misterio, es decir, a combatir el egoísmo en todo lo que persigue, de tal modo que bajo el imperio de la fe, el egoísmo se ha visto obligado a hacerse servicio para conservar alguna esperanza de alcanzar un día, la plenitud de su propia felicidad.

Así pues, hijas mías, al haceros cargo de la infancia, queréis continuar la misión de Jesucristo. Esposas del Salvador, os habéis entregado a Él, para no tener otros pensamientos, otra voluntad, ni otros sentimientos más que los suyos: lo que Él quiso, es lo que debéis querer, lo que Él amó, debéis buscarlo, y debéis aborrecer todo lo que se oponga a Él. Jesús que ya no habita en esta tierra si no es bajo una forma, en cierto modo, pasiva, os ha escogido para manifestarse en vosotras: y si pudiera encontrar palabras para expresar el misterio

que hace al alma religiosa, no temería detenerme incluso para hacerlos contemplar y adorar esta maravillosa armonía, que el Esposo ha querido poner entre su vida eucarística y la nuestra, cuando nos pide, como Él lo hace cada día, que nos entreguemos pasivamente entre sus manos, del mismo modo que Él está en las manos del sacerdote, a fin de que no vivamos ya para nuestros gustos naturales, sino que dejemos desarrollarse en nosotras, sin obstáculo, ese principio de vida divina que Jesucristo nos da en la comunión. [Viene a nosotros] (7) bajo forma muerta, cuya vida oculta, sólo espera nuestro consentimiento para desarrollarse en nuestro corazón de una manera misteriosa y santa. De tal modo, que si respondemos a la plenitud de nuestra vocación, un segundo misterio de fe se operaría en nosotras, y esta hostia, que parece estar muerta, sería toda nuestra vida; así nosotras que parecemos estar vivas, estaríamos verdaderamente muertas, por la indiferencia a todo lo que se relaciona con nuestro yo. Es lo que san Pablo expresaba pidiendo que la vida de Jesús se manifestase en nuestra carne mortal, o, mejor aún, es lo que nuestras Constituciones nos dan como regla: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí».

No creáis, hijas mías, que me aparto del tema al deciros estas cosas: indican precisamente el espíritu con el que debéis dedicaros a la educación de la infancia. Ahí, más que en ningún otro lugar, al ver que las consecuencias son más graves y que un simple error puede hacerlos culpables, hay que renunciar a su propia ciencia y a sus propias ideas, y más todavía, como fácilmente comprenderéis, a sus propios intereses, a sus sentimientos, a todo lo que viene del yo y a todo lo que vuelve a él. Hay que actuar como representantes de Jesucristo, hacer y decir lo que Él hubiera dicho y lo que Él hubiera hecho, querer lo que Él ha querido, penetrar en sus designios y dirigir nuestras miradas humanas allí donde su mirada divina se hubiese detenido. ¿Qué creéis, pues, que Jesucristo deseó, por encima de todo, para los hombres a los que Él instruía? Ciertamente, hijas mías, lo sabéis, puesto que os habéis propuesto entregarle todo y cumplir su voluntad con alegría. Él ha deseado verlos entregados a Dios y a los hom-

(7) Omitido en el autógrafo.

bres como Él mismo lo hizo; se esforzó en inflamarles de amor divino, de virtud y de gran celo hacia su palabra; se alegró cuando encontró en ellos una fe grande y sobre todo una gran caridad. En fin, aquellos a quienes ha llamado amigos y hermanos, son los que han entrado sin reservas en la ciudad divina, o como se decía en la toma de hábito de Sor M. Gonzague, las leyes de Dios, la caridad, la justicia, la verdad, son las que únicamente guían las almas y son preferibles mil veces a cualquier instinto, e incluso a todo lo que reclama la naturaleza.

He aquí, pues, hijas mías, nuestro objetivo supremo. Seríais indignas del santo hábito que lleváis y del nombre que se os da, si algún día os contentáseis con combatir los defectos exteriores, con enseñar actos de piedad igualmente exteriores, con preservar a una joven del mal mientras esté en vuestras manos, con doblegarla a las apariencias y a las ideas de una sociedad más cristiana de nombre que de hecho, con apartar de ella, en fin, todo lo que podría causar reprobación, y con darle esa apariencia ligera e insignificante que el mundo e incluso la familia prefieren, con demasiada frecuencia, a la rectitud de un carácter más generoso.

Pero es preciso explicar aquí cada una de mis palabras. Cuando digo que estas fórmulas no son vuestro objetivo, no digo que haya que despreciarlas, digo solamente que debéis hacerlas que broten de las virtudes reales que tales fórmulas representan. Cuando digo que la familia se contenta con ellas con demasiada frecuencia, no hablo de la familia que la joven funda al convertirse en madre; respecto a aquella familia, no sabría comportar suficientes cualidades serias, y las costumbres artificiales pronto se desvanecen; pero sé que la familia que os la ha confiado preferirá, con frecuencia, los defectos, que puedan facilitar un matrimonio, a las virtudes que aseguran la felicidad, y quizá no les disgustará el encontrar en una niña una ciencia precoz de egoísmo para calcular, sin errores y sobre todo sin generosidad, todas las oportunidades de ambición y de vanidad de su situación en el mundo. Tendré ocasión de volver sobre este punto, y os diré francamente todo lo que sé; pero creedme mientras tanto, ya que tengo experiencia positiva respecto a lo que os digo. Cuando se trata

de formar un corazón entregado al bien, generosamente cristiano, muerto para sí, las enseñanzas de la familia oponen tantos obstáculos como el egoísmo natural. Quiera Dios que estas enseñanzas no se antepongan incluso a las virtudes más indispensables de una mujer.

Pero vosotras, hijas mías, al adoptar un amor entrañable hacia estas niñas, que quizá no recibirán de nadie más que de vosotras la formación cristiana; no seréis como esas madres de carne y de sangre; tendréis en cuenta que sois Esposas de Jesucristo, que no podéis servir al mundo al mismo tiempo que a Él, y que es únicamente su doctrina, su ciencia y su verdad lo que tenéis que imprimir en sus almas. Ciertamente, hijas mías, si en mi ignorancia, me estuviese permitido emplear las palabras que santa Teresa dirigía a las Carmelitas, si supiera que alguna vez os hacíais cómplices de todos estos cálculos, con los que uno no se avergüenza de formar el alma de una cristiana, todo lo que esta gran santa pedía a Dios que enviara a sus hermanas el día que abandonaran la pobreza, lo pediría para vosotras el día que abandonaseis la santidad de las enseñanzas de Jesucristo por la presunción de la habilidad mundana.

No creáis que ataco a un fantasma al preveniros con tanta firmeza contra ese peligro; tengo mis razones para aseguraros que apenas hay familias para las que la enseñanza de las jóvenes no se haya reducido únicamente a toda clase de egoísmo. Conocéis a ese padre que escribía a una niña de quince años, que las apariencias lo eran todo en una mujer; y se lo decía como una lección de moral, para comprometerla a cumplir algunos deberes religiosos. Pero dejemos a las familias incrédulas. Ciertamente la buena apariciencia de vuestra casa, ha podido traer a la niña de la que os hablo, y después de todo, es esta clase de alumnas la más deseable, porque es la que más lo necesitan. Pero en todas partes, e incluso entre los católicos, veréis todavía, que las mujeres creen que su papel en la familia es el de asegurar la fortuna, pero casi nunca el honor y la rectitud.

Ellas, a quienes el cielo ha hecho educadoras del mundo, se hacen calculadoras de intereses, su ambición para sus hijas se ha hecho proverbial. Esa inclinación hacia la economía doméstica, que le lleva

a decir a santa Chantal que las mujeres eran mezquinas, pues ninguna idea sería las guiaba, esa mezquindad la extienden hasta los asuntos más elevados, si su rango o los caprichos de su fortuna les permiten, algún día, sumarse a ellos. Y para corroborar esto es por lo que os he dicho algunas veces que busquéis una gran personalidad de nuestra historia moderna, que no haya encontrado en su mente un obstáculo para obrar con desinterés. Volveré sobre este tema y os diré, sin reservas, todo lo que sé, para que mi triste experiencia del mundo os sea, al menos, de alguna utilidad. Entre tanto, creedme.

Heme aquí lejos de lo que quería deciros. La excesiva estima de los bienes y de los honores de la tierra es siempre terrible, incluso en la educación de aquéllas que tienen que aprender a poseerlos en una medida razonable; pero me parece que no es de vosotras de quien se debería temer ese defecto. Creed que el alma religiosa, sin embargo, también está expuesta a ello, y que aunque se hayan dejado de poseer los bienes, no siempre se cesa de estimarlos, con una estima secreta que se oculta a sí misma, pero que se traiciona en el juicio que se hace de las diversas situaciones de sus alumnas.

Respecto a nosotras, hijas mías, espero que no actuemos así; nuestra regla nos pide un espíritu total de pobreza, y hemos sido fundadas con una gran carencia de medios humanos para el éxito, a fin de que seamos siempre hijas de la fe, que no basemos nuestra alegría en la prosperidad de este mundo, ni para nosotras ni para los demás, sino que enamoradas de la belleza de las almas, tengamos como suma ambición educar, al menos, a algunas de nuestras alumnas para que superen ellas mismas sus defectos y los defectos de sus familias, con el fin de hacerlas penetrar en los designios de Jesucristo. Hay tan poca ilación en lo que digo, que no os extrañaréis de que vuelva a un asunto sobre el cual no quisiera que se me comprendiese mal. Aunque al preguntaros lo que Jesucristo desea encontrar, por encima de todo, en las almas, he dicho lo que ya sabéis, porque tenéis que ser de los que satisfacen todos sus deseos, lejos estoy de pensar que sea necesario ser religiosa, como vosotras, para cumplirlo. Los designios que Dios tiene sobre las almas son diversos, lo que hay que desear es que cada una los cumpla.

En sí, nuestro estado es más perfecto, pero sólo para aquellos que son llamados; porque se puede, también ser más perfecto en otro estado. La última finalidad de nuestros esfuerzos no es, pues, conseguir almas con vocación religiosa: pues esa elección se debe dejar a Dios y únicamente depende de Él; y tampoco tratar de santificar a las almas por medio de las prácticas que os santifican a vosotras, pues estas prácticas dependen de vuestro estado y os santifican porque representan para vosotras el cumplimiento de la voluntad de Dios, es algo que entra en el orden de vuestros deberes; sino que lo que debéis de hacer es, lo repito otra vez, liberar lo más posible a las almas de su egoísmo natural para consagrarlas sin reservas a la voluntad de Dios, es decir, a todo lo que es bueno, santo y generoso, a todos los deberes grandes y pequeños, a todo lo que pide el amor a la virtud.

Incluso os diría, que sean cuales fueren las apariencias de vocación religiosa, no educéis nunca a una joven con esta sólo idea, preparadla siempre para los diferentes deberes, habladla en el mismo lenguaje que a las demás, enseñadla incluso, aquello que sólo necesitaría saber en la vida del mundo; pues, por otra parte, las mujeres no son precisamente inmutables, y podríais juzgar de su vocación por el deseo que de ello tenéis; no obstante, esto es lo que desearía que nunca ocurriera, a fin de que cuando se os pida consejo, consultéis únicamente las señales de elección divina, como también deben ser las únicas consultadas en las elecciones del Capítulo, excluyendo todo sentimiento humano. Por otra parte, admitiendo que Dios haya elegido verdaderamente a la niña en la que hayáis creído encontrar señales de vocación religiosa, y admitiendo que sea fiel y que llegue a llevar el velo sagrado, le habréis hecho un gran beneficio considerando que lleve al claustro la idea real del papel pesado y difícil que la mujer cristiana tiene que desempeñar en el mundo.

Esta era la idea que santa Teresa utilizaba para animar el fervor de sus hijas, y les preguntaba si no harían al menos por el Señor del cielo y de la tierra, que era su Esposo, lo que una mujer honrada haría por su marido. Y creed que si sacáis partido de la piedad de una niña para formarla en la sencillez de corazón y de espíritu, en la

afabilidad, en la benevolencia, en la bondad, en la igualdad de carácter, en la paciencia, en el recato, en la costumbre de supeditarse y de sacrificarse por los demás, en la medida que una vida verdaderamente cristiana lo exige en cualquier circunstancia, la habréis preparado suficientemente para las virtudes que la vida religiosa tendrá que desarrollar en ella.

Ante las niñas, debéis en relación a vuestra vocación más respeto que proselitismo (8). Habladles algo, pero siempre de manera que comprendan la alta estima que vosotras mismas tenéis de ella. Me gustaría que la niña pudiese honrar vuestro hábito como un misterioso sello de Cristo de quien sois, para ella, la imagen. ¡Dios mío, qué grande es esto! y para inspirar este sentimiento de fe, ¿cuánta dignidad no hará falta, cuánta afabilidad, cuánto olvido de sí misma, cuánta fidelidad para actuar siempre con el dinamismo de nuestro divino Esposo?

Evitemos el hablar de nuestros deberes por pequeños que sean, y aún más evitemos el ocultarlos de un modo infantil; nuestras prácticas opuestas a las costumbres del mundo, no hay que darlas a conocer; pero si las perciben, no hay que disimularlas, no mostrarse desconcertadas, sino explicarlas de una manera tan seria y cristiana que, ni la más frívola de las niñas pueda reírse, como no lo haría tampoco de las humillaciones de Jesucristo. Y esto, lo digo aún más por ellas que por nosotras.

Esta dignidad, este amor serio que debemos manifestar ante las más pequeñas normas de nuestra Regla, si tenemos el espíritu que ella nos exige, serán una gran lección para la niña, sobre todo en estos tiempos en los que se busca vanamente en las familias la santa dignidad que proporciona a las relaciones íntimas tanta afabilidad y alegría verdaderas como honradez y dignidad.

Digamos, pues, sin miedo, que hacemos estas cosas porque Jesucristo las ha hecho, y que esta obligación, que el mundo no com-

(8) Otra redacción: «Respecto a vuestra vocación, debéis sentir, hacia ella, más respeto que proselitismo. Habladles algo a las niñas, ...»

parte con nosotras, nace de nuestra unión más íntima con el Salvador; y aún cuando parezca que de momento se ríen, no pongamos en duda la impresión seria que producirá nuestro respeto ante un deber tan humilde en apariencia, nuestra fidelidad en cumplirlo, nuestra sencillez al explicarlo sin rodeos y en aceptar con toda indiferencia el aparente ridículo.

Es difícil ser religiosa tal como debemos mostrarnos ante las niñas. A este respecto os manifestaré una idea que algunas veces me ha proporcionado deseos de mejorar: esto ocurre cuando se juzga a Nuestro Señor Jesucristo por lo que son los suyos. La vida de un sacerdote santo convierte a las almas, y por el contrario, nada separa tanto de Jesucristo a los pueblos, como las épocas en que no todas las Órdenes de la Iglesia eran dignas de la santidad de su Cabeza.

Dedicad alguna vez vuestra oración para preguntaros qué deseáis que la niña piense del Salvador, y luego tened cuidado de no hacerla caer en una trampa con respecto a la clase de relaciones que vuestra vocación establece, ante sus ojos, entre Jesucristo y vosotras. De acuerdo con esta idea, no me parece bien que haya una intimidad demasiado familiar entre las niñas y sus maestras, incluso cuando las niñas son mayores; volveré sobre este tema para tratar acerca del modo cómo debo ejercerse y modificarse la autoridad según los temperamentos y las edades. Me limitaré ahora a deciros que en razón de nuestra vida religiosa, quisiera (aunque no fuésemos maestras de la niña y que no tuviera con nosotras más relaciones que la de una confianza personal, por la que se le deben facilitar en muchas ocasiones confidencias cuando la Superiora no encuentre en ello inconvenientes), quisiera, repito, que no se estableciera entre ella y nosotras una relación de igualdad, sino que nosotras sigamos siendo madres por la gracia de Jesucristo y dominando, por así decirlo, a ese joven espíritu por medio de la verdad, la serenidad, la prudencia, la luz, que debemos obtener de Jesucristo para hacerla participar en ella, iluminándola serenamente acerca de todas las cosas de que nos hable.

¡Ah! queridas hijas, para nosotras existe un escollo mayor que todos los demás y del que apenas me atrevo a hablar, ya que sólo quisiera

hacerlo con palabras apropiadas para persuadirlos. ¿Sabéis qué es lo más importante, lo más difícil y lo que no se nos dará ni por el estudio, ni por la inteligencia, sino solamente por la perfección del espíritu religioso? Es una unidad perfecta en nuestro trato con la niña. Sé que, en principio, aceptáis esta necesidad como tesis general, pero vayamos al detalle, ¿no es verdad que cada una de vosotras tendrá, en este punto, sus ideas, sus disposiciones naturales, y que difícilmente las abandonará? Alguna recordará una actitud severa que la hirió en su infancia, porque carecía de valor; y si se le confían las niñas, diciéndola, como confieso que yo le diría, que es preciso tener con ellas una autoridad firme, que las acostumbre a obedecer, y que imprima en su espíritu hábitos sólidos, en lugar de la indulgencia que debilita. ¿Creéis que no se fiará más de su propia y pobre experiencia, que del espíritu que se habrá decidido dar, a la enseñanza en nuestra casa? Otra creerá que no se puede obtener la obediencia más que con modales duros; otra se sentirá inclinada a compadecerse del desorden de las niñas, de sus defectos y de sus negligencias en cualquier otro punto que no sea el de los estudios, le parecerá que no se debe exigir la disciplina exterior con tanta exactitud. Sin embargo, hijas mías, aunque admitamos que todas tengan razón, lo que sería difícil, puesto que cada una tendrá un parecer distinto, vale más para la educación un estilo peor, pero uniforme para todas las maestras.

Esta es, queridas hijas, la ventaja de la obediencia en las casas de educación religiosa; al renunciar a su voluntad, al estimar a la autoridad, a la regla, a las costumbres de la casa más que a sus propias ideas se obtiene esta unidad tan deseable. Una buena Religiosa que desea por encima de todo, actuar según la voluntad de Nuestro Señor en las cosas más pequeñas, no está apegada a la suya: más bien temerá seguirla, y para encontrar a Jesucristo, se adherirá, con alegría, al espíritu de la casa a fin de abandonar el suyo propio. Pedid a Dios, queridas hijas, que os dé esta disposición, la necesitáis más que cualquier otra, y todo lo que pueda deciros no servirá para nada sin ella.

Dos razones podrán todavía ayudaros: primero, la educación recaba un conocimiento mayor aún de la vida a la cual la niña está destina-

da, que de la niña misma. Es preciso saber lo que le espera, lo que tendrá que hacer, a fin de darse cuenta de las dificultades futuras, de tales y cuales cosas que en el momento presente parecen de poco valor; es preciso, pues, conocer el mundo, e incluso conocer su lado malo, conocimiento que, ¡Dios sea alabado! vosotras apenas conocéis, pero este desconocimiento debe haceros temer el tropezar contra una piedra, allí donde sólo véis flores. En segundo lugar, la responsabilidad de conciencia de una casa de educación recae sobre los que la dirigen, es decir, en vuestra casa, sobre los superiores, en tanto en cuanto sigan su dirección. Son, pues, ellos los que deben instruirse a través de todos los consejos que su posición les permita obtener, para prevenirlo todo, para vigilarlo todo, puesto que tienen un verdadero cargo de almas en este aspecto, y debéis confiar en que Dios no permitirá que escojáis madres tan ineptas que puedan sentirse indiferentes ante un deber tan serio, o negligentes en todo lo que pueda ayudarles a cumplirlo convenientemente.

Pero vosotras, que no habéis recibido esta carga de Dios, queréis cogerla al dirigir con vuestras propias luces lo que sólo se os ha confiado para hacerlo conforme a la obediencia, debo deciros que os hacéis las únicas responsables, y que además, al no estar en la posición elevada de las Superiores, para verlo todo y para ordenarlo todo, sin tener la misión, y por consiguiente, sin que Dios os asegure la gracia, tenéis que responder del mal que podríais causar y del bien que no hagáis, y de las costumbres que podríais suscitar, y de las que se seguirán como consecuencia, y en fin, tendréis igualmente que responder de la discrepancia que existirá entre vuestras alumnas y las de otras maestras, disparidad que impedirá, tal vez, un mayor bien, por sí sola, que ideas más exactas hubieran podido proporcionar.

Nuestra regla nos dice bastante acerca del modo de conseguir, que redunden en provecho del internado las luces que Dios pudiera darnos en el ejercicio de nuestros cargos, y las ideas exactas que podríamos tener sobre las prevenciones tomadas o que se deban tomar; si estas luces, si estas ideas vienen de Dios, no bastará con haber hecho tranquilamente las advertencias necesarias para que Él haga que se acepten, advertencias que podemos exponer a la Superiora tan fre-

cuentemente como deseemos, sea directa o indirectamente. Sería indicio de que su origen está en nuestra propia mente, si no pudiéramos esperar pacientemente a que nuestras opiniones sean adoptadas, si no pudiéramos soportar que sean rechazadas, o a plegarnos a seguir otras; y entonces ¿qué podríamos esperar en la práctica de estas pretendidas luces que Dios no hubiera bendecido?

He aquí una larga digresión, aunque sea de cosas necesarias. Me parece que ya os había hablado antes del deseo ardiente que debemos tener en la educación de nuestras alumnas, de formar entre ellas, por lo menos, algunas almas fuertes, dignas de Jesucristo, algunas jóvenes para la ciudad divina, en la que el amor a Dios llegue hasta el desprecio de sí misma. Pero ¿no os parece triste que sólo me atreva a esperarlo de algunas? No tenemos que hacernos ilusiones de poderlo obtener de todas. Esa entrega generosa, ese celo sagrado por la virtud, ese céntuplo de la palabra divina, Nuestro Señor mismo no lo ha obtenido más que de un reducido número de almas. Si nuestra educación empezara en la cuna, si pudiéramos, lo que la más atenta de las madres no puede hacer, si nuestra palabra, nuestro ejemplo fueran lo único que llegara a la inteligencia de la niña, no sé si se conseguiría que su desordenada libertad, se volviese incluso contra el bien y contra nosotras, el día que tenga que escoger con plena lucidez, entre el sacrificio propio y el sacrificio de sí misma. Además, esta hipótesis, con respecto a la cual no tengo suficientes luces para resolver, es imposible para nosotras. Nos traerán a la niña ya educada, a menudo con conocimiento de las cosas malas más que de las buenas, tal vez egoísta, obstinada, debilitada por sus costumbres: lo único que podremos hacer será decirle la verdad como Jesús hizo antaño, enseñarle cómo practicarla, tratar que se someta por el temor y por el amor, reprobando ante sus ojos todo el egoísmo de su propio corazón, no permitirle nunca ceder a él impunemente, luego, pedir a Dios a fin de que esta alma joven se incline y se someta al yugo del bien.

Encontraréis caracteres tan vanidosos, tan débiles, tan violentos, tan inclinados a defectos bajos, que estaréis expuestas al desánimo. Sin embargo, hijas mías, quisiera que incluso ante estos obstáculos, no

perdiérais nunca la fe, ni la esperanza, ni el amor, y si Dios os concediera esta gracia, os aseguro que os sentiréis fuertes para obtener lo que ninguna previsión humana hubiera podido presagiar. En el fondo de las peores naturalezas, hay siempre algo bueno; creámoslo, busquémoslo con perseverancia, y si no lo encontramos, atribuyámoslo a alguna idea de nuestra propia importancia que nos ciega. En los defectos evidentes de un carácter en los aspectos donde domina el mal, creamos que la gracia de Dios puede hacerse presente, pues ella ha descendido ciertamente a nosotras, y los obstáculos que sabemos que ha encontrado en nosotras, no son nada, sin duda, comparados con los que Dios ha visto.

Creed en la fuerza de las prácticas cristianas; creed en la esencia divina que los sacramentos depositan en el fondo del alma, y apoyad además vuestra esperanza en este fundamento, cuando la naturaleza no os ofrezca nada sobre lo que pudiérais construir. Vuestra fe se comunicará a la niña, tendrá esperanza como vosotras, intentará responder a una confianza que, la peor de las personas, no podría por menos de dejarse sentir afectada por tal comunicación. El desánimo, la amargura no tendrán cabida en su alma, esperará alguna fuerza de ese lugar santo en donde nos verá cimentar tanta esperanza, amará esta fe que le mantiene vuestro aprecio, y si, al apoyarse así en la realidad divina de los auxilios de la religión, no puede recuperarse enteramente de los defectos ya enraizados en ella, podéis estar seguras, al menos, de que en la vida recordará siempre vuestras lecciones y vuestras promesas. Pero para esto, hijas mías, es preciso que la améis, y no creáis que amar es siempre cosa fácil, sobre todo cuando los defectos, que naturalmente repugnan, se encuentran en el ser al que tenéis que amar.

Algunas veces, lo sé, al principio de la vida, el alma que no está turbada por la agitación del mundo y que empieza a gustar el sumo sosiego de Jesucristo, encuentra en sí, de modo natural, una efusión de benevolencia y de amor que ella derrama con alegría a las otras criaturas, y esta alma entonces, apenas puede concebir que a otras les cueste practicar la santa caridad. Esta disposición es quizá uno de los dones más valiosos que el Esposo pueda otorgar antes de darse

Él mismo, y creo que de todas las alegrías de estos primeros desposorios, es la que se encuentra de una manera más completa en el alma santa, en la cual la unión con Jesucristo en cierto modo se ha consumado; pero, se encuentra entonces con una pureza y una fuerza que antes no tenía. Porque, si tengo que deciros todo lo que pienso, he de aclarar que, aunque estimo todos estos sentimientos más que cualquier otro sosiego espiritual, no creo que duren mucho tiempo, y creo que a pesar de lo suaves que son, no están libres de imperfección. Es decir, que una maestra que siente que su corazón se conmueve ante cada una de sus alumnas, no será, sin embargo, imparcial en su cariño respecto a ellas, estará demasiado preocupada por unas, demasiado condescendiente en otras circunstancias. Le costará aceptar que se corrija con una severidad que no es de su parecer, estará de acuerdo con las quejas de las niñas, perderá la meritoria previsión del difícil aprendizaje de la vida que es necesario, sin embargo, conseguir alcanzar, prolongará las charlas inútiles, se complacerá un poco en caricias que, quizá únicamente perjudiquen a la niña; se sentirá vivamente herida por un indicio de frialdad, querrá obtener algo por el solo placer personal; qué sé yo, mil otros defectos cuyas consecuencias pueden ser graves y que son otras tantas faltas de su caridad. Si me atrevo a decir que se puede echar a perder una cosa tan buena como son los sentimientos de caridad, las que sientan esos defectos, no deben, sin embargo, asustarse, porque en primer lugar, al considerar lo que yo soy, pienso que sin duda, ellas no son tan malas; además pueden, fácilmente, si desconfían de ellas mismas y si rezan mucho a Nuestro Señor, recoger el fruto de esta gracia de delicadeza que han recibido, sin caer en los inconvenientes que he dicho y en otros muchos que de ello se siguen con demasiada frecuencia, ya que un amor mal ordenado hacia sus alumnas ha hecho, a más de una religiosa, faltar a la primacía de amor que deben a sus hermanas, a su Madre, sí, e incluso a Nuestro Señor.

El observar estos defectos es lo que ha llevado a algunas personas piadosas a considerar tales sentimientos afectuosos como puramente humanos, idea con la cual, reconozco, nunca he estado de acuerdo, porque según mi parecer, la naturaleza es siempre exclusiva y se

inclina hacia pocas personas, mientras que únicamente la caridad de Nuestro Señor Jesucristo, es la que crece a medida en que se derrama en un mayor número de almas. Finalmente, como nosotras estamos implicadas, y teniendo en cuenta que excepcionalmente se puede mantener el corazón lo bastante puro como para no mancillar aquello que incluso en el fondo viene de Jesucristo, me parece que la gran regla respecto a esta cuestión, como respecto a la mayor parte de las cosas espirituales, es la de aprovechar, con acción de gracias, todo lo que en nuestros sentimientos pueda ayudarnos a cumplir nuestro deber, y olvidar el resto, sin apegarnos a nada más que a la ley de Dios que, según un Padre, creo que san Agustín, no es otra cosa que el orden perfecto en el amor, y concuerda con lo que dice la Esposa: «Ordinavit in me caritatem».

Hablo aquí según el espíritu de nuestra regla que como sabéis, es más bien de suavidad que de severidad; y, por lo demás, ya habéis podido experimentar, queridas Hermanas, que esta invencible dulzura que se nos pide conlleva también sus sacrificios. Pues, hay que reconocerlo, dado que tenemos que sufrir, tan pronto como Jesucristo al penetrar más en el fondo de nuestros corazones, nos hace sentir un poco el peso de su Cruz, nuestros consuelos desaparecen para dar cabida a las amarguras, que algunas veces hacen que encontremos un suplicio en las mínimas relaciones con el prójimo. Entonces es, hijas mías, cuando nace y crece la verdadera caridad, la que por nosotros ha vencido todas las angustias del Calvario, la de Jesucristo crucificado de quien, según lo que nos dijeron en nuestra profesión, debíamos haber aceptado su ciencia al mismo tiempo que recibimos la señal para conservarla en nuestro corazón.

(«Pone, soror carissima, hunc signum crucis super cor tuum, et accipiens scientiam caritatis Xti disce hodie te illi in omnibus conformare qui pro te se totum in sacrificium obtulit») (9).

(9) «Pon, muy querida hermana, esta señal de la cruz sobre tu corazón, y al recibir la ciencia de la caridad de Cristo, aprende hoy a configurarte en todo, a Aquél que por tí se ha ofrecido totalmente en sacrificio».

Ya sea pues, queridas hijas, que os sintáis todavía ajenas a los sentimientos de los cuales he hablado, ya sea que Nuestro Señor os los retira o que se sirva de las contradicciones exteriores o interiores para hacéroslos cambiar fácilmente, por una virtud más fuerte, no os inquietéis. Por encima de la inconstancia eterna de los sentimientos humanos. tenéis, para no desfallecer jamás, la fuerza indefectible de Jesucristo, Aquél a quien nada le cansa, nada le desanima, nada le detiene, Aquél que siempre amado, está también siempre dispuesto a derramar sobre los suyos la efusión de su divina caridad. Cuando la nuestra se debilita, cuando nuestra alma está casi amargada, cuando el tedio, el hastío, el sufrimiento parecen haber agotado nuestras fuerzas, acudamos a Él, mis queridas hijas, dejémosle que sea Él quien ame en nosotras, abandonémonos a su virtud, y Jesús, cuyo amor ha sobrepasado al de nuestras madres, nos enseñará, quizá en ese momento, el secreto de un último esfuerzo con el cual venceremos los defectos de la niña. Digo mal, nos enseñará aún más, nos enseñará que ninguno de nuestros esfuerzos debe ser el último, y que el celo (10) no menos que el amor divino del cual procede, no debe decir nunca: Ya basta (11).

. . .

Nota (6) de la página 490 : cfr. Mme. de Lambert, Mme. Necker, Mme. de Rémusat, Aimé Martin.

Madame de Lambert: 1647-1733.

Recibe en su salón a la sociedad culta de su época y ejerce una gran influencia en las elecciones académicas. Autora de «Reflexiones sobre las mujeres», publicado en 1727; «Consejos de una madre a su hija y a su hijo», 1728.

(10) En la primera redacción: y que la caridad...

(11) Añadido: Al daros como modelo la caridad de vuestro Esposo, acabo de recordar una frase del Evangelio.

Madame Necker: 1739-1794.

Mujer docta y moralista. Dirige un salón y funda en París el hospital que lleva su nombre. Después de su muerte, se publican las «Misceláneas sacadas de los manuscrit de Madame Necker». Es la madre de Madame de Staël: 1766-1817, cuya influencia junto a la de Chateaubriand, determina el comienzo del siglo XIX.

Madame de Rémusat: 1780-1821.

Dama de honor de Josefina Bonaparte, primera mujer de Napoleón. Bajo la Restauración escribió: «Ensayo sobre la educación de la mujeres», 1824.

Aimé Martin: 1786-1847.

Literato y profesor de historia y de literatura. Sus obras: «Cartas a Sofía sobre la física, la química y la historia natural», 1810; «Obsequios a la juventud», 1809-181 «Sobre la educación de las madres de familia», 1834; «El libro del corazón», 1835, «Proyecto de una biblioteca universal», 1838.